

reconocido, y no tardé en despedirme de esta amable y honrada familia, de quien no me separé con indiferencia.

Tres años despues de este pasaje, recibí la traduccion del Poema hebreo con una carta de Jonatás, en que me decia que él y su mujer dejaban aquel país, agitado entónces de grandes turbulencias, para ir á establecerse al Cayro, dejando á mi arbitrio disponer de ella: luego que la ví me pareció que podia interesar á los pocos ociosos, que no se desdennan de leer una obra que sea agradable y moral al mismo tiempo; y valiéndome de la licencia que me dió, corregí algunos yerros que tenia el frances lo mejor que me pareció, y me resolví á hacer imprimir su libro.

Si el público no lo admite favorablemente, Jonatás no lo sabrá; pero si merece buena acogida, se lo escribiré al Cayro.

ELIEZER Y NEFTALI,

POEMA.

CANTO PRIMERO.

Hijos de Zelfa, vosotros que llorais delante del Señor vuestras fatales discordias: vosotros que, solos en Israel, no habeis olvidado que formamos un pueblo de hermanos, reunios á mí. Venid, familia, ya por desgracia poco numerosa, venid al hermoso valle que rodean los montes de Gacaad; allí á la sombra de los antiguos cedros, y apoyados sobre las rrcas, que tambien sirvieron de apoyo á nuestros padres, hablaremos de su felicidad, y aun más que de esta de sus virtudes. Nos acordaremos de aquellos dichosos siglos en que las tribus reunidas

adoraban al Dios de los ejércitos, repartían entre sí los frutos de la tierra; y acostumbrados en el desierto á soportar los males crueles, que la naturaleza nos impone, sabían aliviarlos con la amistad, la concordia y la dulce fraternidad.

¡Ah! formemos en nuestra imaginación una idea de aquellas costumbres, tan sencillas como puras é interesantes, para que los ancianos que me escuchan se llenen de gozo por haber nacido más cerca de esta feliz época; los jóvenes fomenten el deseo de imitar á sus abuelos, y los niños en el regazo de sus madres, alegréense de oír unas narraciones, que aunque todavía no bien comprendidas, les deleiten.

En los días que sucedieron á la muerte de Josué, Israel no tuvo jefe: las tribus, establecidas en las conquistas que habían hecho; y satisfechas con la porción de tierra que se les había asignado, no pensaban más que en gozar de los beneficios del Todopoderoso. La lanza y la espada victoriosas se habían convertido en instrumentos de labranza: el ligero caballo, que persiguió al enemigo en los campos de Gabaon, uncido, tiraba á paso lento del arado, y cada israelita en paz con su Dios, con sus hermanos y consigo mismo, descansaba tranquilamente á la sombra ó de su vid ó de su higuera.

El Arca Santa estaba en Silo; pero no se custodiaba en un magnífico templo, pues solo humilde techado de pieles era el asilo de Tabernáculo: rara vez la sangre de las becerrillas teñía el altar de los holocaustos: muy pocas el incienso del Tadmor se quemaba en el de los perfumes; pero no obstante, el respeto y la veneración de todo un pueblo, la pureza de los Pontífices, el fervor de los votos que consagraban al Todopoderoso, le hacían esta mansión más apreciable que el soberbio edificio, tantas veces profanado en Sion.

Allí veíamos acudir á nuestras principales fiestas todas las tribus de Israel: allí los padres de familia seguidos de sus hijos venían á adorar al Señor, á celebrar la Pascua, y renovar el juramento de la divina alianza: las madres se enseñaban recíprocamente sus hijos y acariciándolos del mismo modo, se felicitaban unas á otras; y los esposos prescindían de todo para hablar de sus mujeres. Los ancianos proclamaban las leyes dadas por Moisés, y el clarín llamaba á su presencia á los débiles, á los huérfanos y á todos los que podían tener la menor queja ó del fraude ó de la violencia; pero nadie había que tuviese motivo para hacerlo, y los ancianos alababan de nuevo al Señor

El nieto de Eliázar, el venerable Sadoc, ocupaba el lugar de Aron. A Sadoc lo amaba el Señor, porque amaba á sus semejantes, porque observaba con religioso zelo todos los preceptos de la ley, y pedía con fervor por los que no la guardaban. Hacia cuarenta años que Sadoc era Sumo Sacerdote, la viuda desconsolada, el hijo abandonado, y todos los desgraciados de Israel, hallaban en él un padre, un apoyo; y cuando los que imploraban su socorro, reanimados por sus cuidados ó sus palabras, besaban sus manos regándolas con lágrimas, admiraban su bondad. Dios solo les decía entónces, es el bueno, y el bien que acabais de recibir, él es quien os lo ha hecho.

Sadoc era viudo; pero le habían quedado dos hijos gemelos, que eran Eliezer y Neftalí; los que sin tener mas que diez y nueve años, eran el ejemplo y el objeto de todo Israel. Hermosos, sábios como Josef, y amables como Benjamin, cuando acompañaban con sus vertiduras blancas al Sumo Sacerdote, y le presentaban en el altar ó los ázimos ó el incienso, el pueblo que veía juntos al padre y los hijos, se figuraba ver á Abraham en medio de ángeles; y cuando al ponerse el sol, paseándose al rededor de la ciudad, se complacian en levantar las pesadas losas que

cubrían las cisternas, para que bebiesen los rebaños de las jóvenes pastoras que se retiraban del campo, estas mismas, al saludarlos, no podían ménos de avergonzarse; y todas pensativas, luego que por la noche estaban en compañía de sus madres, instaban á estas que les contasen el cómo Jacob eligió por esposa á aquella á cuyo rebaño dió de beber.

Eliezer y Neftalí desconocian todavía en esta edad lo que era amor; y lo único que alimentaban sus almas puras era la tierna y sincera amistad. Esta amistad tan dulce y tan necesaria, como la existencia, no tuvo para ellos, digamoslo así, principio; pues siempre la habían tenido sin haber pensado en ella, y así la disfrutaban como la vida. Sus corazones estaban de tal modo unidos, que no hubieran podido, sin un exámen tan penoso como prolijo, aclarar cual de los dos era el primero en pensar las cosas. Juntos desde el amanecer, la aurora del día siguiente los sorprendía del mismo modo, sin que para esto se hubiesen estado buscando. El nombre de hermanos, tan amados para ellos, nada aumentaba á los que tenían. Eliezer y sin Neftalí, Neftalí sin Eliezer no podían vivir.

Algunas cosas, no obstante, sin percibirlo ellos, distinguieron el carácter de cada uno.

Eliezer, aunque tan amante y tan sensible como Neftalí, tenía el suyo más sério y grave. La meditación, el rezo llamaban su atención. Eliezer se complacia en las ocupaciones de los viejos, en el estudio de los libros sagrados, y en las ceremonias religiosas. Su talento, formado muy pronto, amaba la paz y la reflexión; su alma piadosa y tranquila tenía necesidad de recogimiento. Neftalí, más impetuoso, aunque tan puro como su hermano, amaba como este la virtud, pero sin contemplar tanto sus bellezas. Su corazón, abierto á las pasiones, anhelaba por las penas que estas ocasionan; y así el padecer le era más llevadero que privarse del objeto que llamaba su atención. La prudencia de Eliezer templaba el ardor de su hermano, y la sensibilidad de Neftalí hacia mas indulgente á Eliezer; y así, aunque tenían diverso carácter cedían uno y otro de sus ideas sin repugnancia, y cada uno gozaba del objeto á que aspiraban ambos. ¡Oh dulce privilegio de la amistad, que no solamente sabe duplicar los placeres, sino aun las virtudes!

Neftalí, muy ejercitado en los juegos guerreros de los hebreos, cazaba con sus flechas los pájaros al vuelo, y nadie en Efrain le disputaba el premio por su fuerza y su destreza. Le gus-

saba mucho vestirse con la piel de un leopardo, ciñéndola á la cintura con un tejido de cañamo y sin llevar mas provisiones que un solo vaso de leche; con el arco en la mano y el carcax á la espalda, internarse en el desierto, donde perseguía al ciervo, á la gacela, atacaba al terrible leon, y volvía á su casa con los despojos de la victoria. Eliezer, ménos fuerte y no tan diestro, no le llamaba la caza la atención como á Neftalí; pero no obstante lo acompañaba en sus cacerías, y tenía un particular gusto en estar á su inmediación: así como cuando Eliezer iba á su vez á orar al Tabernáculo hasta que salía la estrella de la noche, Neftalí oraba con él sin separarse ni pensar en la caza porque estaba acompañando á su hermano.

Un día que los dos, acompañados de sus jóvenes amigos recorrían los ardientes pedregales de Remmon, Neftalí, engolfado en la persecución de una pantera, se aleja de Eliezer, deja á sus compañeros bastante distantes, se extravía, y se interna en parages que no conoce: empeñado en seguir al animal, que huye herido, se pierde más y más, y no encuentra despues sus mismas huellas para ir en busca de su hermano: pesaroso, no tanto por el riesgo en que se halla, cuanto por la inquietud en que estaria Eliezer,

acelera el paso, atraviesa arroyos secos, sube á la cima de los montes, sin conseguir otra cosa más que ver objetos que lo confundian de nuevo. El eco de sus gritos se pierde en el aire; el ardiente sol lo deslumbra y consume con sus rayos: nada ven á su inmediacion sus fatigados ojos más que piedras desnudas, y sobre su cabeza un círculo de fuego. Las horas se le pasan en esta triste posicion, el calor aumenta, y Neftalí se siente acometido de una sed cruel, que por sí sola es capaz en estos climas de ocasionar una muerte repentina.

Cansado ya en extremo, casi sin fuerzas, y apoyado en su arco, intenta levantar la cabeza; pero sus párpados no pueden resistir abiertos los rayos del sol. La sed se le aumenta por instantes, lo devora, lo acaba; y en tan dolorosa situacion acude al vaso de leche, que siempre llevaba consigo, como á único remedio que puede conservarle la vida.

Va á llevarlo á los labios, cuando al mismo tiempo oye á su espalda gritos mal pronunciados, y al momento ve llegarse á él una jóven israelita con los brazos levantados, desordenado el cabello, y parte de él entre su velo, la que poniéndose de rodillas esclama: ¡Yo espiro! ¡yo

espiro! . . . ¡Dadme agual . . . Por piedad ¡dadme agual!

Aún no habia esta infeliz acabado de pedirla, cuando ya tenia el vaso en la boca: bebe con ansia sin levantarse ni quitar la vista del licor que la reanima. Neftalí en pié contempla sus facciones, sus gracias, sus interesantes ojos adornados de hermosas cejas negras, y su frente más blanca que el alabastro, con la que contrastaba muy bien su negro cabello y el precioso color de sus mejillas. †

Todos los males que ántes de este momento oprimian á Neftalí, le parece que cesan con solo mirar á la israelita, y siente un secreto encanto mezclado de una conmocion tan fuerte como agradable. El atractivo del nuevo objeto que le ocupa su alma, hace desvanecer todos sus pensamientos, y absorbe todas sus facultades: creyéndose feliz solo por haber salvado la vida á aquella hermosa desconocida, se olvida de sí mismo; solo cuida de ella, no piensa en lo que ántes le atormentaba; é imitando al paralítico, á quien un peligro inmitente le hace correr, no se acuerda de sus penas con el objeto que tiene delante.

Despues que la hermosa israelita agotó el vaso, recobró su aliento y dirigió sus miradas llenas de gracia al jóven hebreo: no tardó en le-

vantarse, y le dijo: ¡Oh mi bienhechor! sabed cuánto os debo: esta mañana pastaba las ovejas de mi padre en las praderas que hay al pié de las montañas, cuando de repente descubrí una tropa de hombres armados, y conocí eran los crueles Moabitas. Me escapé é interné en estas escarpadas rocas, donde estoy errante desde la aurora sin haber tomado el menor alimento ni bebido una gota de agua para recobrar mis perdidas fuerzas. Vos sois á quien debo la vida. ¡Ah! venid, venid, os ruego, en casa de mi padre, en donde inmolaremos un cordero; convidaremos á toda la familia, y todosos darán el mismotítulo, que ya os da mi corazón. Voy á llevaros: venid, á lo ménos, si no para gozar del beneficio que me habeis hecho, para que disfrutemos nosotros del reconocimiento que os debemos. Dicho esto, Neftalí que la mira y escucha con atencion, vuelve á verse atacado de la sed devoradora que ántes le consumia: quiere responder, pero sus fauces secas en extremo, y su lengua pegada al paladar se lo impiden: á este tiempo el velo de la incógnita israelita, mal sugeto en su cabeza, se desprende y cae á sus piés: Neftalí se baja á levantarlo; lo toma con su mano trémula; pierde la firmeza; cae, y queda tendido sin voz ni movimiento.

La israelita, llena de espanto y sorprendida, lo mira con cuidado; conoce que es víctima del mismo mal que hacia pocos instantes le habia puesto á las puertas del sepulcro, y que ella es la verdadera causa de la de Neftalí.... Prorrumpe en gritos de dolor; pero conociendo que donde únicamente podria encontrar con qué socorrer á su libertador era en casa de su padre, corre á buscarlo con la ligereza de un gamo.

En este intermedio el cuidadoso Eliezer recorría, buscando á su hermano, todas aquellas cercanías. Sus compañeros, dispersos por su órden, lo buscan en todas las cavernas. Eliezer, desde lo más alto de los montes, esparce á lo léjos sus miradas; y con una voz llena de dolor interrumpe las plegarias que hacia al Señor, para decir: Neftalí, mi amado Neftalí.... Pero en vano escuchaba con atencion para oír si le respondian: fuera de sí, con los brazos levantados al cielo, esperaba que el Todopoderoso oyese favorablemente sus súplicas; pero el eco de los montes únicamente le repetia: *Neftalí, mi amado Neftalí*.... Entonces, inclinada la cabeza, se hacia un mar de lágrimas.

Por fin, despues de mil pesquisas al ponerse el sol, y á poco tiempo de haber ido corriendo